

fortalecimiento de los gobiernos «duros», capaces de resistir la agitación armada (al contrario de la doctrina Kennedy, que suponía que gobiernos democráticos fuertemente subvencionados por mecanismos tales como la Alianza para el Progreso podrían contener las revoluciones), pero tampoco se resuelve a intervenciones directas como la que impidió el regreso de Bosch a la República Dominicana. No se tiene la sensación de que los responsables de la política hispanoamericana de Washington hayan resuelto ese dilema entre gobiernos represivos que pueden provocar el recrudescimiento de la lucha política armada y gobiernos negociadores que llegan a contradicciones sin salida. Esta falta de decisión de la política de Washington puede depender de la ya conocida dualidad de puntos de vista en su política exterior, los muy rígidos del equipo de consejeros de la Casa Blanca —Henry A. Kissinger a la cabeza— y los más pactantes, más abiertos —dentro de la relatividad— del Departamento de Estado, dualidad que ha provocado ya problemas graves en el enfrentamiento con las cuestiones de Oriente Medio y de Indochina, y que, en cierta forma, inmoviliza la política exterior del Presidente.

**E**L desarrollo de los acontecimientos en Bolivia puede ser un indicio muy interesante del desarrollo del problema general. No se conoce el desenlace del golpe de Estado en el momento de escribir estas líneas, aunque quizá esté resuelto cuando se publiquen. Torres ha denunciado el complot como obra de «un pequeño grupo fascista», y ha advertido que está dispuesto a dar armas al pueblo para contrarrestarlo, mientras las fuerzas del Ejército del Aire —que es el más progresivo de Bolivia y cuya participación fue definitiva en el cambio de régimen— atacan los focos rebeldes. Si el grupo denunciado por Torres llega a tomar el poder —en este o en algún futuro golpe—, la existencia del régimen de Allende en Chile estará gravemente amenazada, el gobierno militar argentino fortalecido y las soluciones de Uruguay se inclinarán hacia la dictadura de Pacheco Areco; simultáneamente aumentarán las guerrillas —urbanas o campesinas—, las huelgas, las situaciones universitarias difíciles y, en fin, los medios de expresión violentos de la política propios de países sin articulación legal. Si, por el contrario, son vencidos, Torres tendrá que inclinarse más a la izquierda, puesto que su principal apoyo serían los partidos populares y las organizaciones sindicales, y esto influiría a su vez en los países vecinos, y llevaría a los Estados Unidos y a la derecha a buscar nuevas soluciones.

*En Uruguay, el último acto de violencia, el secuestro del embajador británico por los tupamaros, plantea los problemas con toda crudeza. El dilema entre apertura, con riesgo de insurrección de la derecha, o regresión, con posible surgimiento de guerrillas, se agudiza cada vez más.*



## ASIA

### La tercera guerra

El 30 de abril de 1970, Richard Nixon desencadenó la segunda guerra de Indochina al lanzar sus tropas sobre Camboya, y para que nadie ignorase hasta qué punto aquel gesto introducía un cambio cualitativo en el conflicto de Extremo Oriente, uniendo a las resistencias de los tres países de la península, y comprometiendo más directamente a la China popular, se reunía en Cantón una «conferencia de los pueblos indochinos» mientras que el presidente Mao recordaba solemnemente, el 10 de mayo, que la China se consideraba ligada a los combatientes del Mekong y de los arrozales.

Y he aquí que el mismo jefe del ejecutivo americano —que confesó al poco tiempo de entrar en la Casa Blanca que se consideraría fracasado si no hubiera conseguido liberar al pueblo norteamericano de la guerra de Asia antes de que terminara el primer año de su mandato— está montando la máquina que puede desencadenar la tercera guerra del Vietnam. Porque los bombardeos del Norte, aunque sólo sea por su vanidad, han de conducir a una nueva escalada: desembarco o recurso a armas más mortíferas todavía que las hasta ahora utilizadas.

#### El fantasma de los G. I.'s

Después de la «guerra francesa» y de la que libraron los dos presidentes demócratas, Kennedy y Johnson, una especie de tregua nos hizo creer en una próxima paz. La tregua se debía en parte a la necesidad de los comunistas de reconstruir sus fuerzas, que a tan duras pruebas se habían visto sometidas en los para ellas victoriosos combates de la ofensiva del Tet, en parte al relevo de los militares rurales por políticos urbanos en los combates del Sur, y en parte, finalmente, por el uso que hicieron de la «vietnamización» los revolucionarios del F. N. L. y de Hanoi. La «tregua» parece haber terminado, y una nueva guerra o una nueva fase de esta guerra de los treinta años amenaza directamente a los pueblos norteamericano y vietnamita.

Los últimos discursos del presidente Nixon son más inquietantes todavía que los bombardeos del 22 y 23 de noviembre sobre Son Tay y la región de Hanoi. En dichos discursos, Nixon parecía darnos a entender que los Estados Unidos pretenden imponer a Hanoi una limitación de soberanía, un protectorado que de hecho respondería a la colonización directa del Sur. Para quien conoce a los vietnamitas, está claro que tales pretensiones sólo pueden encontrar una respuesta militar. ¿Qué ha dicho, pues, Richard Nixon? Que los norvietnamitas deben aceptar definitivamente el sobrevuelo constante de su territorio

por aviones de reconocimiento norteamericanos, así como renunciar no sólo a las «infiltraciones», sino incluso a las concentraciones de fuerzas en las proximidades de la frontera survietnamita, que puedan constituir una amenaza para los americanos y sus aliados. Si no es así, los americanos reanudarán sus bombardeos sobre el Norte.

No vamos a pararnos a discutir ahora la afirmación del presidente norteamericano relativa a un «acuerdo tácito» de Hanoi. ¿Quién iba a creerse que los hombres de la R. D. V. N. podrían aceptar «fácilmente» o no la diaria violación de su espacio aéreo? Equivaldría a subestimar a unos hombres que llevan ya treinta años luchando por su independencia. Además, un miembro de la delegación del Vietnam del Norte, Van Vy, nos ha desmentido categóricamente la tesis de Washington, según la cual se habría llegado a ese acuerdo tácito en una de las sesiones de la conferencia.

¿Qué significan las amenazas del presidente norteamericano? ¿Que Nixon cree haber ganado la guerra? En todo caso, que pretende unir los dos objetivos inconciliables de su estrategia vietnamita: traer las tropas a Estados Unidos sin por ello ceder en Indochina. Profiriendo sus amenazas, el jefe del ejecutivo norteamericano espera conseguir que las retiradas masivas de las fuerzas norteamericanas de Indochina no se traduzcan en un descalabro político, que los fantasmas de los G. I.'s repatriados sigan sirviendo de escudo protector a los regímenes fantoches de Saigón y de Phnom-Penh. De ese modo, Nixon intenta ahorrarse el precio de la vietnamización. Para él no se trata sólo de cambiar el color de los cadáveres, sino también de dar vida y combatividad a las ficciones, y valor estratégico a los soldados repatriados.

#### El discurso de Giap

Nixon es un tipo hábil. Pero debería saber que no se puede llegar al jaque mate en todos los tableros a la vez, y que no es posible triunfar al mismo tiempo en el interior trayendo a casa a los «muchachos» y en el campo de batalla haciendo como si estuviesen todavía allí. Este dilema entre objetivos internos y externos debería llevar a una respuesta más bien optimista: hay que tener en cuenta que Nixon es un político que concede la máxima atención a los imperativos electorales. Pero ocurre que estos imperativos están sufriendo últimamente modificaciones, y que si la repatriación del cuerpo expedicionario constituye una buena baza para la Casa Blanca, la política del «garrote» puede resultar también beneficiosa. Johnson trató de salvar a los demócratas optando por las negociaciones. Nixon y Agnew quizá recurran, para salvar a los republicanos, al más frenético de los nacionalismos. Y desde el momento en que sus rivales electorales, Muskie y Kennedy, se marcan tantos defendiendo el pacifismo y el establecimiento de contactos con Hanoi (que a su vez les ha hecho a los demócratas un precioso regalo comunicándoles la primera lista oficial de los prisioneros norteamericanos,

desafiando con ello abiertamente al presidente Nixon), la táctica más elemental obliga a los republicanos a la intransigencia y a la aventura.

Los dirigentes de Hanoi no están dispuestos a permitir que Nixon se salga con la suya. Los visitantes que han regresado últimamente de Hanoi hablan de un país que se aferra más que nunca a su tierra, a sus objetivos, a su patriotismo intransigente. Hay quien precisa que en el gran debate que se inició el año pasado entre la «línea Le Duan» y la tendencia «Truong Chinh», entre partidarios de una negociación paciente y los de una vuelta a la «guerra prolongada», los últimos parecen triunfar sobre los primeros, sin que por ello haya sufrido el prestigio del primer secretario Le Duan: éste ha reconsiderado muy serenamente su posición, por más que no ha renunciado a su nuevo plan, optimista en general para el país, ya que dedica gran importancia a la producción de artículos de consumo.

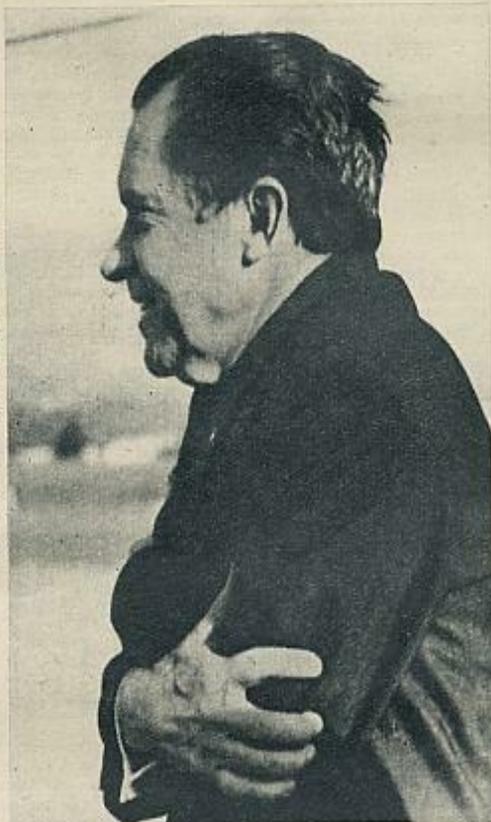
En cuanto a los aspectos propia-

francesas al Vietnam que entablar una batalla terriblemente costosa. Las fuerzas de Giap han aumentado en estos veinticuatro años. Pero la estrategia de los fundadores de la República Democrática del Vietnam sigue basándose en la economía de medios. ¿Por qué oponerse, mediante una estrategia ofensiva, a la retirada de unas tropas adversarias?

### El sueño gaulista

Además, tanto los dirigentes del Frente como los de Hanoi se interesan cada vez más por lo que ocurre en las ciudades del Sur, por el ascenso de esa «tercera fuerza» que han aprendido a estimar. ¿Qué significan si no esto las recientes declaraciones de uno de los dirigentes a que nos referimos: «Ha llegado la hora del gran encuentro entre los combatientes de los arrozales y los manifestantes de las ciudades, tra-

Los últimos discursos del Presidente Nixon sobre Vietnam son todavía más inquietantes que los bombardeos. Nixon parece dar a entender que los Estados Unidos intentan imponer un protectorado a Hanoi.



mente estratégicos de este combate, el discurso pronunciado el 22 de diciembre por el general Giap con ocasión de la creación del Ejército popular, resulta muy esclarecedor: en un discurso pronunciado en octubre ante los mandos del Ejército, el ministro de Defensa había reconocido los progresos realizados en el terreno de la «vietnamización» del Sur. En su última intervención, el héroe de Dien Bien Phu explica claramente algo que ya habíamos creído adivinar: que los progresos en la «vietnamización» se debían en gran medida a la equiescencia del Frente de Hanoi: ¿por qué obstaculizar, mediante el desencadenamiento de importantes operaciones, la retirada de las fuerzas americanas, hecho que redundará a la larga en beneficio del pueblo vietnamita? Al leer el texto del discurso, tuve la impresión de oír nuevamente a Vo Nguyen Giap explicarme, en marzo de 1946, por qué, en su opinión, valía más la pena aceptar la vuelta, limitada y provisional, de las tropas

bajadores, estudiantes, monjes, intelectuales, burgueses, progresistas? ¿Y cómo entender de otro modo las declaraciones hechas la semana pasada por Nguyen Van Hien, portavoz del Frente: «Lo que buscamos es una solución política sobre la base de las realidades políticas del Sur»? ¿O las manifestaciones que hizo a principios de diciembre, y ante las cámaras de la televisión francesa, la señora Binh, ministro de Asuntos Exteriores del G.R.P., y en las que insistió sobre la voluntad de sostener a un gobierno de paz y de dotar al futuro político del Sur de toda la flexibilidad posible?

¿Sigue siendo posible hoy el sueño que fue de la política indochina de De Gaulle, una solución situada entre la «desamericanización» y la «comunización» de la península indochina? No, si Richard Nixon desencadenase la tercera guerra del Vietnam a fin de conseguir votos de los electores de Wallace y de Ronald Reagan. ■ JEAN LA-COUTURE.

## Balance de niveles

# LA SOCIEDAD OPULENTA, ENTRE LA GUERRA Y EL PARO

El 15 de diciembre, a las 12,02 horas p. m. —según la matemática puntualización del Departamento de Comercio de los Estados Unidos—, el país ha llegado a su primer trillón de dólares de Producto Nacional Bruto. Se ha pasado, pues, de los 932 billion (932.000 millones de dólares) de 1969 a una nueva unidad que requeriría ya mecanismos distintos. Como dice Jacques Monod, que debieran inventarse un día las ecuaciones diferenciales para formular las leyes de la cinética, es decir, como un medio para definir el ambio en términos de lo que permanece inalterable.

Es cierto que no se ha procedido, previamente, a la deflatación y, por tanto, que la enorme cifra se remite a datos cargados todavía de la curva inflacionaria. Pero es de recordar, no obstante, que los seis países del Mercado Común Europeo —primera potencia exportadora del mundo— habrán llegado en 1970 a un P. N. B. de unos 475.000 millones de dólares. Casi la mitad que el P. N. B. americano en 1969.

Sin embargo, algunos elementos, como testimonios del fuego, desvelan la conciencia. En suma, todo ello acontece cuando un millón de soldados americanos —1.001.600 para ser tan meticulosos como el Departamento de Comercio a las 12,02 horas del día 15— guardan el colosal imperio fuera de las fronteras; cuando casi el 10 por ciento de los empleos americanos dependen de la industria de guerra y el 80 por 100 de todos los programas universitarios y civiles —lo que se llama «investigación y desarrollo»— arrancan de los programas militares.

Es relevante, a su vez, que la inflación esté detrás del gran edificio. Los precios se doblaron entre 1941 y 1961. Y aumentaron un 30 por ciento entre 1961 y 1968.

Es significativo que los primeros 100 billion (100.000 millones de dólares) de Producto Nacional Bruto los conquistaran los Estados Unidos en 1929. Pero después vino la Gran Depresión, los años negros de la crisis económica. En 1941 se remontó la marea anterior y se volvió a tomar la cota de nuevo de los 100.000 millones de dólares. Es que las cosas comenzaban a ir mucho mejor: se armaba a las demás naciones y se preparaba para la guerra la propia Norteamérica.

Esto vendría a señalar que la Depresión y la Guerra constituyen, con la Inflación, las tres espaldas dorsales, si se me permite decirlo así, de la primera economía capitalista del mundo, hoy la primera sociedad posindustrial de la Tierra. Si la economía tuviera su «psicología de las profundidades», como las teorías de Freud, algo gravemente preocupador emergería del subconsciente.

Los precios son ahora un 50 por 100 más altos que en 1950. Pese a la inflación, la economía americana se ajusta, no obstante, a un elevado límite de paro: el 5,8 por 100 de su población laboral activa, o lo que es lo mismo: 4.500.000 obreros y empleados. Pero Milton Friedman mantiene la hipótesis de que para luchar contra la inflación —es su consejo a Nixon— hay que dejar crecer el paro. Una gran masa social eliminada del consumo. Es simple. Nada que suponga un remedio estructural profundo. A las tres columnas históricas —Depresión, Guerra, Inflación— hay que añadir ahora el Paro. El resultado es la Prosperidad, la Opulencia.

Alrededor de 12,7 millones de americanos están sometidos a las disposiciones de la Asistencia Social. Ello significa, en lo real, la marginalización social, el estado de acto oficial de pobreza, de unos treinta y seis millones de personas, incluidos los miembros de la familia. En Nueva York, tejado espacial de Wall Street, la Asistencia Social llega a dos millones de personas. Da una idea de las dimensiones.

Una considerable sociedad marginalizada revive en los «ghettos», en el paro y en unas condiciones infrahumanas de existencia —en aquel contexto, bien entendido, que se acerca a los 5.000 dólares por habitante y año—; niveles cercanos a los de la Depresión, pero siempre y cuando se considere, del otro lado, la infinita Opulencia del resto. No se sabe cuál es más dramático, pero parece justo pensar que nada hay más lejos de la racionalidad que un sistema que fabrica consigo, como formas naturales de existencia, medidas tan agresivas, violentas y dispares de vida nacional e internacional. Formas también de autodestrucción y un modelo de desarrollo que hace posible, con sus casi 80.000 millones de dólares de presupuesto militar, la planeación de las grandes Corporaciones. La super riqueza tiene así, como la paranoia, una dimensión dramática.

ENRIQUE RUIZ GARCIA